La transición demográfica brasileña

Simon Schwartzman

Presidente, Instituto Brasileño de Geografía y Estadística

Los resultados del cuenteo de población realizado por el Instituto Brasileño de Geografía y Estadística en 1996 confirmaron que Brasil está llegando a los 160 millones de habitantes, y deberá continuar creciendo aún por varios años; pero muestran también que el país está pasando por una profunda transición demográfica, dejando la condición de país predominantemente rural, de población joven y constante crecimiento, para pasar a la de un país urbano, con una población de cada vez mayor edad, y aproximándose rápidamente a los padrones reproductivos de los países europeos. Más del 70% de la población vive hoy en regiones urbanas; la tasa de fecundidad, o sea, el número de hijos que las mujeres tienen a lo largo de su vida, cayó del 4,01 en 1980 a cerca del 2,2 en 1996, y continúa cayendo. La población no decreció más porque aún es muy joven, y la expectativa de vida está creciendo, pasando de 61,7 años en 1980 a cerca de 67 años en la actualidad.

Otra característica importante de esta transición es que los grandes flujos de inmigración que llevaban a las personas de las zonas rurales para las zonas urbanas, y de la región del Nordeste para la región centro-sur, también se redujeron, o desaparecieron. El estado de San Pablo, el de mayor población del Brasil, que llegó a crecer a tasas anuales superiores al 3% en la década del 80, hoy crece al 1,5%, y sobre todo en las regiones del interior. La ciudad de San Pablo aún crece en algunos suburbios, pero el núcleo urbano está estabilizado en cerca de 10 millones de habitantes. Lo mismo vale para Río de Janeiro, estabilizado en 5,5 millones, y Belo Horizonte, en cerca de 2 millones. La década de los 80 aún presenció algunos flujos migratorios importantes para las regiones de frontera del Centro Oeste y Norte, pero esos flujos también perdieron intensidad, y comienzan a presentarse indicadores de movimientos de retorno de poblaciones inmigrantes a sus núcleos de origen.

La reducción de las tasas de crecimiento de la población se explica sobre todo por el gran aumento del número de mujeres que ingresan al mercado de trabajo en los últimos años, aumentando también su nivel de escolaridad, y adoptando estilos de vida urbanos, basados en

pequeñas familias y casamientos tardíos. La reducción de los flujos migratorios está relacionada, sin duda, con el agotamiento de la capacidad de absorción de nuevas personas por las grandes ciudades, y también con el vaciamiento progresivo de las regiones más empobrecidas de donde esta inmigración se originaba.

Estos cambios traen dos consecuencias positivas de largo plazo, que son la reducción de la presión demográfica sobre el mercado de trabajo, las estructuras urbanas y los servicios públicos, y la reducción de la importancia de la cuestión agraria en el conjunto de problemas que afectan a la sociedad brasileña. Las grandes ciudades continúan con grandes problemas de incorporación económica y servicios públicos adecuados para gran parte de sus poblaciones, pero ya comienzan a vislumbrar la posibilidad de solucionarlos. Los datos sobre el acceso de los niños a las escuelas y el acceso a los servicios públicos básicos esenciales, como el agua potable y la electricidad, muestran que Brasil ya está alcanzando una cobertura próxima al 100% en estos ítems en las regiones urbanas. Los problemas y conflictos en el campo continúan existiendo, sobre todo en áreas en que las actividades agrícolas tradicionales son substituidas por empresas de "agrobusiness" de gran porte, pero afectando a contingentes relativamente reducidos de personas.

La consolidación del nuevo perfil demográfico de la población brasileña se da al mismo tiempo en que la economía del país viene atravesando transformaciones profundas. En la década del 80 la economía prácticamente se estancó, en un contexto de inflación acelerada, llevando a un aumento de la desigualdad social y al agravamiento de las condiciones de vida de las poblaciones, por las dificultades para conseguir empleo, el deterioro de los servicios públicos y las pérdidas salariales. En la década del 90 la economía brasileña se comienza a transformar, en el sentido de una mayor apertura hacia el mercado internacional, y a partir de 1994 el gobierno consigue poner la moneda bajo control. Desde 1993 el producto interno bruto viene creciendo de forma consistente, pero a niveles aún bajos, en la banda del 2 al 4% anual, por encima del crecimiento de la población, pero muy por debajo de los índices históricos anteriores a la década del 80.

La estabilización de la moneda tuvo un impacto inmediato e importante en el nivel de la renta de la población asalariada, que se tradujo en un gran aumento de la demanda de productos alimenticios y bienes de consumo no perecederos. La apertura de la economía al mercado internacional permitió que los precios internos se mantuviesen reducidos por largo tiempo, y el fin de la inflación permitió que los sectores más pobres tuviesen nuevamente acceso a financiamientos para la compra de bienes no perecederos. Este aumento de renta y de demanda no fue mayor sólo a causa de las políticas de contención del gobierno federal, preocupado por mantener la balanza de pagos en equilibrio y por evitar el recrudecimiento de la inflación, que se

ha mantenido en un nivel inferior al 10% anual (cuando, en 1993, había llegado a cerca del 60% mensual).

Otras transformaciones tuvieron consecuencias más problemáticas. Las empresas brasileñas que se mantenían en actividad gracias a la política proteccionista vigente hasta los años 80 se vieron expuestas, súbitamente, a la competencia internacional, y, o no sobrevivieron, o entraron en un intenso proceso de reestructuración, introduciendo nuevas tecnologías, aumentando la eficiencia, y reduciendo la mano de obra. Estas transformaciones, que afectaron sobre todo a la industria, no se dieron solamente por la apertura de la economía brasileña, sino también como consecuencia de una tendencia universal en el sentido de la reducción del tamaño de las empresas, que es compensado, por lo menos en parte, por la creación de un gran número de pequeñas firmas especializadas en servicios específicos y trabajadores temporarios y ocasionales. Un estudio reciente del Instituto de Investigaciones Económicas Aplicadas[1] muestra que, desde comienzos de 1991 hasta fines de 1996, el número de puestos de trabajo disponibles en el sector industrial brasileño se había reducido en un 25%, mientras que la productividad había aumentado un 60% en el mismo período. Las tasas de desempleo abierto (o sea, personas desempleadas, sin remuneraciones por trabajo y activamente en búsqueda de nuevas colocaciones) se mantuvieron sin embargo a niveles relativamente bajos en este período, en la banda entre el 4 y el 6%. La explicación de este contraste es el aumento de la precariedad del trabajo, o sea, personas que perdieron empleos estables y legalmente registrados, y pasaron a trabajar por cuenta propia, o en actividades no registradas. La proporción de personas económicamente activas que se encontraban en esta situación pasó del 42 al 50% del total entre 1991 y 1996.

Otra transformación que acompañó este proceso de transición fue la reducción de la capacidad del Estado brasileño en continuar atendiendo las expectativas crecientes de la población por servicios y beneficios sociales, gran parte de ellos instituidos como obligatorios en la Constitución de 1988. Esta reducción se explica, en parte, por la desorganización de las cuentas y de la misma administración pública, ocurridas a lo largo de la década del 80, y en parte por el aumento de las demandas, intensificado, en el área de la previsión social y de los servicios de salud, por el envejecimiento progresivo de la población. Existe una noción clara, hoy, de que el "welfare state" creado en Brasil en las décadas anteriores sólo beneficiaba a una parte pequeña de la población, y de que una política social más ecuánime y compatible con la necesidad de mantener las cuentas públicas en equilibrio requiere la eliminación de situaciones privilegiadas, lo que provoca naturalmente reacciones y resistencias.

---

1 Lauro Ramos y José Guilherme Almeida Reis, El empleo en el Brasil de los años 90, Río de Janeiro, IPEA, Textos para la Discusión, no. 468.

La estabilidad de la moneda, el fin de la explosión demográfica, la estabilidad de los flujos migratorios, la apertura de la economía hacia el mercado internacional, la racionalización progresiva de la acción del Estado, la mejoría gradual de algunos indicadores sociales básicos como educación, salud y acceso a los servicios públicos esenciales, todo esto muestra que Brasil tiene condiciones de retomar, de forma estable, el camino del desarrollo y de la justicia social. No será un camino fácil, pero es, sin duda, un camino posible.